

por último las obras de todos los padres que murieron en la comunión de la iglesia romana, y las decretales de los Papas. En cuanto á las actas de los mártires, la costumbre de Roma es el no leerlas en público, para no dar el menor motivo á la censura ó mofa de los incrédulos, aunque se veneran en ella con una devoción sincera todos los mártires y las acciones heróicas, á las veces mas conocidas de Dios que de los hombres. Este decreto al parecer solo habla de cierta coleccion particular y poco auténtica, aunque muy estendida. Se aprueban los poemas de Sedulio y de Juvenco, y la historia de Orosio; mas por lo que mira á la de Eusebio, no hace otro que permitirla de la misma manera que las obras de Rufino y Origenes; y estas tan solo en lo que no fue censurado por San Gerónimo.

Pasa despues de esto á la censura de los libros apócrifos, de los cuales los mas nombrados son el itinerario de San Pedro y sus actas, con las de otros muchos Apóstoles; el libro de la infancia del Salvador; las actas de Santa Tecla; la carta de Jesucristo al Rey Ábgar, y la de este á Jesucristo; el libro del Pastor tan venerado de la antigüedad, y aun los cánones apostólicos. Mas como hay mucha variedad en los egemplares antiguos de este concilio, tememos con razon que se introdujeron en su catálogo algunos nombres de autores de que efectivamente no hizo mencion. A lo menos es cierto que no trata de igual manera á todos estos escritores, así como lo es que censurando á los que se separaron de la doctrina de la

Iglesia, trata con una gran diferencia á Lactancio, Clemente Alejandrino, Arnobio y Casiano, que erraron por descuido, y á los dogmatizantes decididos como Tertuliano, Fausto el maniqueo, y en general á todos los hereges por mas ilustres que fueran, cuyos nombres refiere desde Simon Mago hasta Acacio de Constantinopla.

77. Además tenemos otras obras del Papa Gelasio, entre las cuales se hace particular aprecio de un tratado contra Eutiques y Nestorio, que muchos críticos atribuyeron á Gelasio de Cízico. Hacian honor á su sabiduría y á sus talentos las costumbres de este Pontífice. Era de una rara piedad, dedicaba á la oracion ó á santas conversaciones con los mas dignos siervos de Dios, todo el tiempo que le restaba de sus funciones sublimes. Encumbrado á la mas alta dignidad, la miraba como el mayor peso y como una verdadera servidumbre, que le hacia responsable á todo el mundo. Sustentaba á todos los pobres que podia encontrar, y él mismo vivia como tal y practicando las mas rigurosas austeridades. Murió tan santamente como habia vivido, el dia 19 de Noviembre del año 496. Es el primer Papa que fijó las órdenes en las cuatro ténporas.

78. Coronó en el mismo año San Epifanio, obispo de Pavia, con una santa muerte cincuenta y ocho años de una vida que no fue mas que un tegido continuo de todas las virtudes, y principalmente de la mas activa caridad (1). Desde la edad de diez y ocho

(1) *Bolland. ad diem 21. Jan.*

años, su santo predecesor Crispino le encontró con la suficiente madurez para conferirle el orden sagrado del subdiaconado. Ordenóle diácono á los veinte años, y le confió la administracion de todos los bienes de la iglesia: destino que no le estorbó leer y meditar de continuo las santas Escrituras, adquirir una tierna piedad, y guardar una pureza angélica en medio de las distracciones exteriores y de las conexiones que á causa de ellas tenia con toda suerte de personas. Era de semblante agraciado y de una presencia admirable, pero de una modestia aun mayor, que inspiraba respeto y moderacion. Tenia una sonora voz, y en sus palabras y modales era tan suave y persuasivo, que penetraba hasta los corazones mas empedernidos, y ganaba los ánimos mas pertinaces. Su obispo, de quien era el consuelo y báculo en la vejez, solia emplearle en interceder por los desgraciados, cuando él no habia podido por sí mismo alcanzarles socorro. Este feliz talento de medianero, que hacia á la persona de Epifanio interesante y sumamente amable á todos desde su juventud, le constituyó el intercesor público y el patrono de toda la Italia, cuando fue electo obispo á los veinte y ocho años de edad. Restablecia unas veces la union tan precisa para el bien del pueblo entre los grandes y los débiles Emperadores de su tiempo: otras reconciliaba á los Príncipes entre sí mismos: otras obtenia el perdon de los tributos á las ciudades agotadas con las exacciones: muchas veces emprendia largas y peligrosas embajadas para reclamar pueblos enteros de cautivos, llevados de las pro-

vincias que habian quedado despobladas é incultas. Así obtuvo sin rescate del Rey Gundebaldo hasta seis mil súbditos del Rey Teodorico, que habian sido llevados como esclavos de Italia á Borgoña. Estimábanle igualmente los Príncipes mas enemigos. Cuando el Rey de los ostrogodos, ó godos orientales, le vió por la vez primera á su entrada en Italia, exclamó como inspirado: *hete aquí un hombre, que en todo el oriente no tiene semejante*. Por escesiva que fuera la enemistad que habia entre este Príncipe y Odoacre, Rey de los hérulos, el santo obispo tuvo invariablemente la confianza de ambos. Era tal la bondad de su alma, que atento solo á hacer bien sin mirar á quien lo hacia, se le vió sustentar en Pavía á los que acababan de robar sus tierras contiguas.

79. Anastasio, romano de nacimiento y contado como San Gelasio en el número de los Santos, fue ensalzado á la Sede apostólica cinco dias despues de la muerte de este Papa. Tuvo el consuelo en el corto espacio de dos años que duró su pontificado, de ver á Clodoveo, Rey de Francia, abrazar la Religion cristiana y la comunión católica. Habia ya mas de dos siglos que este pueblo de Germania era conocido, y él se hacia cada dia mas famoso por su indole marcial.

80. Desde el principio del quinto siglo habia pasado el bajo Rhin, y penetrado en las Galias, siempre estendiendo el dominio bajo del gobierno consecutivo de tres de sus Príncipes. Clodoveo el cuarto estendió mucho mas sus victorias apoderándose de todo

lo que quedaba á los romanos en las Galias, y en general de todo lo que no pertenecía á los borgoñones ó á los visigodos: despues de lo cual su talento muy superior al de los Príncipes, que solo saben pelear é invadir segun la costumbre de los bárbaros, quiso dar á su casa y á su nacion una forma constante y fija. Procuró con estas miras contraer matrimonio con una sobrina de Gundebaldo, Rey de Borgoña, llamada Clotilde, que gozaba de grande nombradía, tanto por su hermosura como por la elevacion de su espíritu y demás prendas estimables.

81. Los borgoñones, oriundos de la Germania como otros muchos bárbaros, se establecieron primeramente hácia el año 413 en las provincias contiguas al Rhin (1); pero estos no tenían de bárbaros mas que el nombre. Eran de buen aspecto, altos por lo comun hasta seis pies, suaves, moderados, y sin aquel genio feróz y vagamundo de la mayor parte de los pueblos del Norte; antes al contrario eran muy laboriosos, aficionados á las artes y á todos los ejercicios de la industria. Con tan buen natural, abrazaron fácilmente las máximas del cristianismo luego que las conocieron. Desolados con las incursiones que los hunnos hacian frecuentemente en sus tierras, determinaron despues de una deliberacion pública, ponerse bajo la proteccion del Dios de los romanos; despues de haber observado, dice el historiador Sócrates, que es el poderoso defensor de todos los que le temen. Pasaron á una ciudad de las Galias á ro-

(1) *Prosp. Chronic. edit. Pith.*

gar al obispo que los admitiese en el número de los siervos de Jesucristo. Los dispuso con siete dias de ayuno, en los cuales los instruyó en las verdades de la fe; y despues les administró el bautismo y los dirigió á sus casas llenos de consuelo y confianza. No salió frustrada su esperanza, pues habiendo muerto de repente Uptaro, Rey de los hunnos, en un convite nocturno, atacaron los borgoñones á estos terribles enemigos con fuerzas incomparablemente menores, y con todo los derrotaron completamente. Su constancia en la Religion y en las virtudes que ella enseña, igualó á su primera docilidad. Entablaron una vida mucho mas sencilla que antes, obedecieron á los sacerdotes que se les enviaron como á sus padres, y trataron á los galos mas como hermanos que como vencidos. Empero este pueblo dócil y tratable tuvo por desgracia suya sobrada conexion con los visigodos, que se establecieron en sus cercanías. Dejáronse los borgoñones de tal modo inficionar del arrianismo con esta funesta comunicacion, que cuasi todos sus Príncipes profesaban esta heregía, cuando Clotilde que habia sabido librarse de ella fue pedida por el Rey de los francos.

82. La princesa que juntaba mucho talento con una sincera piedad, no le placía una corte, en la cual además de otros motivos de angustia veía su fe espuesta á continuos riesgos: por otra parte el esposo que la proponian era idólatra. Una nueva dificultad para verificar este enlace era que se trataba de sacar á Clotilde de manos de un tio indigno de su naci-

miento, y de la recomendable nacion que regia: Príncipe afectado y pérfido, pariente cruel y enemigo de su sangre, que habiendo muerto al padre de la Princesa, se temia que hiciese pasar su resentimiento á un esposo capaz de vengarla. Lo primero que se hizo fue afirmarse de la voluntad de Clotilde por medio de Aureliano, á quien favorecia Clodoveo, aunque cristiano y galo. El confidente habló á la Princesa de una manera que interesaba su religion: representóla que Clodoveo trataba siempre favorablemente á los cristianos: que mostraba veneracion á todas las personas piadosas, y mucho respeto á las iglesias: que su espíritu recto y sólido principiaba ciertamente á conocer la vanidad de sus dioses de piedra y de metal: que ella tenia motivo de creer que el cielo la destinaba para convertir con su Rey á un pueblo célebre entre todos los demás por su valor, y para procurar una proteccion tan poderosa á la verdadera fé en la grande necesidad en que estaba. Estos poderosos motivos reunidos al deseo que tenia Clotilde de salir del temor y opresion en que se hallaba cerca del asesino de su padre, la resolvieron á prestar su consentimiento: despues de lo qual Gundebaldo no osó rehusar claramente el suyo á un conquistador jóven, que no hubiera dejado fácilmente impune esta afrenta. Envió el borgoñés á la Princesa, y dió á sus conductores sumas muy considerables en calidad de dote, segun se acostumbraba; mas este infame Príncipe seguramente imaginaba frustrarlo todo en el camino, con alguna de las atrocidades se-

cretas en que estaba adiestrado. A la mañana siguiente despachó en efecto gentes que persiguiesen á los que habian partido, y sin duda los hubieran alcanzado, pues iba la Princesa en un carro tirado por bueyes; pero ella conoció el genio de su tio en el primer dia, y así que se vió á cuatro leguas de Viena, propuso á Aureliano que la hiciese llevar á caballo, para salir cuanto antes fuera de las tierras de Borgoña. Robaron el dinero que quedaba atrás, y Clotilde se libró y arribó felizmente á Soissons, donde se celebró el matrimonio con magnificencia. Fue pues preciso que Gundebaldo, á pesar de todos los paliativos con que quiso cubrir sus arterias, restituyese la dote, temeroso de una guerra que temia mas de lo que apreciaba el dinero.

83. Pronto habló Clotilde del cristianismo al Rey su marido, con el éxito que era de esperar de una jóven esposa amada con ternura y llena de mérito. Desde luego hizo impresion en el corazon del Rey, que concibió la mayor estimacion de la fe cristiana; mas no queria convertirse, porque estas grandes variaciones no siendo mas que un puro efecto de conviccion, solo se obran con las gracias victoriosas que el Señor da cuando le place. No obstante, permitió Clodoveo á la Reina que hiciese bautizar sus hijos. Por desgracia el primero, llamado Ingomero, murió en la misma semana que le bautizaron, y el Rey sentido sobremanera no dejó de atribuir esta muerte á la cólera de sus Dioses. Sufrió la santa Reina esta tribulacion con un valor digno de la fe que la animaba,

y contestó que lejos de mirar esta muerte como una desgracia, se tenía por dichosa de haber dado á luz un hijo que el Todopoderoso quería mas bien para su reino que para las miserias que se ocultan bajo la mas luciente diadema. Parió otra vez al año siguiente, é hizo tambien bautizar al hijo, que llamaron Clodomero. Al punto cayó enfermo de mucho riesgo, y ya el Rey amenazaba echar á todos los cristianos de su reino; mas contento el cielo con las disposiciones del corazon de la virtuosa Princesa, tornó la salud al niño por las oraciones de la madre. Desvaneciéronse las preocupaciones del Rey con su dolor, y su confianza en Clotilde fue despues inalterable.

Desde entonces quiso asegurarla una dote digna de ella y de él; mas la Reina que no tenía otra ambicion que la de propagar el reino de Jesucristo, le dijo: „Señor, la dicha de una cristiana consiste en la vida verdadera: no os suplico otra cosa que la libertad de hablaros á menudo de esta suprema felicidad, que tanto deseo para vos como para mí.” No cesó en efecto de exhortarle á que abandonase los ídolos para adorar al Dios verdadero: el único, decía, que con una palabra sacó la tierra y el mar de la nada, que los llenó de toda suerte de criaturas vivientes, y adornó los cielos con esa multitud innumerable de lucientes astros.

84. Cierta dia en especial cuando se despedía de ella para ir á hacer la guerra contra los alemanes, nacion formidable de la Germania, y de la cual todas las demás naciones tomaron por fin el nombre,

le dijo: „Señor, si quereis afirmar la victoria, invocad al Dios de los cristianos, pues es el Dios de los egércitos y el árbitro de las victorias y de los vencimientos. No olvidéis lo que ahora os digo en nombre suyo: si recurrís á él, nada podrá resistiros.” Acordóse de ella algo tarde Clodoveo (1): sus tropas retrocedían por todas partes, y ya temía una completa dorrota, cuando exclamó gimiendo y arrodillándose á vista de todo el egército: *Dios de la virtuosa Clotilde, á vos recurro; hacedme vencer, y no tendré ya otro Dios alguno.* Todo varió de aspecto á estas palabras: un valor imprevisto y divino anima á los francos: apodérase de los alemanes un pánico terror y principian á huir por do quiera. Su Rey queda entre los muertos, y el campo de batalla por Clodoveo. Sucedió esto en la llanura de Tolbiac, hoy Zulpich, entre Bonn y Juliers.

85. El vencedor cumplió su palabra: en el mismo camino, volviendo por Toul, llevó consigo á un santo y sabio presbítero llamado Vedasto ó Vaast, que fue despues obispo de Arras, á fin de que le instruyera en la fe. San Remigio, obispo de Reims, una de las mayores lumbreras de su siglo, juntó sus afanes á los de San Vaast, y bautizó al Rey en la iglesia de San Martin de Reims el dia de Navidad del año 496, con un gran número de francos de la primera gerarquía que habian prevenido los deseos del Príncipe.

86. Remigio que poseía grandes ideas, quiso dar

(1) *Gregor. Turon. lib. 11. cap. 30.*